

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Domingo 31 de enero de 1858.

EN PROVINCIAS.

AÑO IV.—NUM. 956.

EDICION DE LA MAÑANA.

ADMINISTRACION.

Los señores suscritores cuyo abono concluye el 31 del presente, se servirán renovarlo a tiempo para no experimentar retraso en el recibo de EL OCCIDENTE.

MADRID 31 DE ENERO.

Atenciones y asuntos preferentes nos han robado el tiempo y el espacio para ocuparnos de una materia harto grave, y que, acaso por su forma excesivamente voluminosa, no se han atrevido a tratar nuestros colegas de la prensa. Hoy vamos a hacerlo, aunque no han cesado las circunstancias que nos han traído de hablar sobre el particular, y aunque, por esta razón, tengamos que ser parcos en nuestras reflexiones.

Hace unos días que llamó nuestra atención un artículo de cierto diario defensor del gabinete Armero-Mon-Bermúdez; artículo de que someramente nos hicimos cargo a su tiempo, presentando a la consideración de nuestros lectores una cantidad fabulosa de peregrinas especies, de apreciaciones exactísimas, de chistes delicados, de salados epigramas, de conceptos chispeantes, en aquel escrito amontonados, y dirigidos con intención profunda a satirizar a los oradores del partido moderado que usaron de la palabra en la sesión celebrada el lunes por la Cámara popular. Después de leer aquel artículo no hay mas que cerrar los ojos, hacer la maleta y tomar un asiento en el primer tren que salga para la Unión liberal: tan contundentes y aplastadoras son las razones que allí expone el articulista para probar que todo el partido moderado, unido bajo una sola bandera, animado de un mismo sentimiento, ligado por una idea común, reorganizado, fuerte, compacto y vigoroso, no vale, ni puede, ni representa nada ante el exiguo grupo de individualidades que constituyeron la última situación; ante la personalidad del señor Martínez de la Rosa, cuyo cuerpo está formado de débil barro, pero en cuyo espíritu insufló su divino aliento el Supremo Hacedor.

Aquel artículo estuvo á pique de dar en tierra con la unión del partido moderado; y si esta se mantiene hoy, es porque son demasiado tontos los conservadores y demasiado sistemática la prensa moderada: por lo demás, el artículo en cuestión contenía bastantes proyectiles para arasar la ciudadela de la unión moderada.

Poco dejámonos de divagaciones para llegar al asunto que nos hemos propuesto tratar y que constituye la parte voluminosa del repellido artículo.

VEINTITRES PROYECTOS (aquí es preciso tomar algún descanso), veintitres proyectos, dice el diario á que aludimos, tenía preparados, elaborados, confeccionados y condimentados el ministerio Armero-Mon-Bermúdez para arrojarlos sobre el país como una lluvia de felicidades, como un granizo de venturas, como un torrente de beneficios capaz de ahogarnos á todos... de risa.

No hizo mas el padre de los dioses al trasladarse en lluvia de oro por la hermosa Danae, que el ministerio Armero convirtió todo en proyectos por la infeliz España. Preciso es que los partidos sean muy ingratos y desnaturalizados para que no llegase á vivir siquiera veintitres semanas un gobierno que tenía preparados veintitres proyectos. ¡Ah! Cuántas amarguras, cuántos dolores no habrán lacerado el sensible corazón del señor Bermúdez de Castro, la tierna fibra del señor Mon y el alma divina del señor Martínez, al considerar tantos esfuerzos perdidos, tantas vigilias inútiles, tantos preparativos vanos, tantos ingredientes desperdiciados!

Veintitres proyectos representan una suma inmensa de estudios previos, de conocimientos adquiridos, de ingenios estrujados, de fuerzas empleadas, de discusiones, de conferencias, de luchas, de acuerdos y de toda clase de trabajos.

¡Veintitres proyectos... y se los tenían tan callados los órganos de aquel gabinete! ¡Veintitres proyectos... y no se nos ha dado uno siquiera para muestra! ¡Veintitres proyectos de gobierno... y hemos vivido desgobernados durante el mando del ministerio Armero!... ¡Qué lástima!

Y que esos veintitres proyectos serían buenos, no hay para qué decirlo, pues de sabido se calla. Nosotros no los conocemos, ni aun por el forro, y á fe que lo sentimos; pero á juzgar por los antecedentes, por la marcha y por la conducta de sus autores, desde luego adivinamos la bondad y eficacia de los mencionados veintitres proyectos, y hasta nos atreveríamos, aunque sea mucha presunción, á enumerarlos.

Uno de los veintitres sería el proyecto de hacer algo.

Otro, el proyecto de no hacer nada.

Otro, el proyecto de mantenerse en perfecto equilibrio entre el hacer nada y el hacer algo.

Otro, el proyecto de un puente para que pasase el partido progresista formando la vanguardia al partido democrático.

Otro, el proyecto de descontentar á todos los partidos aparentando no reñir con ninguno.

Otro, el proyecto de restauración del acta adicional de 1856, conservando la reforma de 1857.

Otro, el proyecto de disolver las Cortes dejándolas abiertas.

Otro, el proyecto de reformar los aranceles en la parte relativa á los derechos que deben satisfacer las ligas parda.

Otro, el proyecto de una ley de embajadores, poniendo coto al escandaloso abuso de conferir estos cargos á personas que no estén ligadas al gobierno por vínculos... de parentesco.

Otro, el proyecto de... pero ¿qué qué cansarnos! Los veintitres proyectos serían, á no dudarlo, lo mas acabado, lo mas selecto, lo mas grandioso que es dado elaborar á cerebros humanos. ¡Qué lástima, volviémos á decir, que no llegaran á cuajar esos veintitres proyectos!

El gabinete Armero-Mon-Bermúdez, que solo aguardaba una coyuntura favorable para desplegar ante la atónita vista de la España, de la Europa, del universo, esos tesoros de felicidades proyectadas; cuando vio el resultado de la votación para presidente de la mesa, diría parodiando un dicho célebre: «¡lograda patria! ¡tu no tendrás mis proyectos!»

La sesión que tuvo lugar ayer en el Congreso ha sido la mas importante de todas las verificadas en esta legislatura, y no vacilamos en decirlo, la mas provechosa de cuantas se han sucedido desde la apertura de las Cámaras, para el partido conservador. Su importancia apenas puede encarecerse; aun cuando la reseñemos todo lo mas exacta y estensamente que nos lo permitan los límites de nuestro diario, las ventajas que de ella hemos obtenido las revelarán muy pronto el tiempo y el discurso pronunciado en ella por el profundo y eminente hombre de Estado D. Juan Bravo Murillo; discurso que publicaremos integro para que nuestros lectores se persuadan de su valor, y que le ha elevado por las altas miras y por las provechosas máximas en él espuestas, á la altura de los primeros políticos de Europa.

El señor Lafuente creía en la sesión de antea-yer, que el silencio del señor Bravo Murillo en las circunstancias actuales, podía interpretarse desfavorablemente, porque hacia sospechar que el autor de la reforma, avergonzado de su obra, no tenía el valor suficiente para darla al público como el programa de su política: el señor Bravo Murillo ha probado hoy á S. S. que su silencio era la consecuencia lógica de su posición, y por consiguiente que sus palabras de antes, de ayer eran ridículas y absurdas.

La sesión de ayer es, no solamente un triunfo para nuestro partido porque cuenta en su seno con hombres de la importancia del señor Bravo Murillo, que tan bien saben interpretar el espíritu de la nación, sino porque revela el acierto con que ha elegido al que ha de representarle y el fundamento de las esperanzas de unión concebidas por todos.

Si existía alguna duda acerca de esa unión por la que constantemente nos hemos afanado, habrá seguramente desaparecido después de oír el discurso pronunciado ayer por el presidente de la Cámara y de observar la benévola influencia que sus palabras produjeron en la mayoría de los señores diputados. Todos los hombres importantes de nuestro partido tienen, como dijo el señor Nocedal oportunamente, un asiento en ella; las palabras, pues, del distinguido orador recibidas con entusiasmo, manifiestan que la opinión de todos los hombres importantes está en un todo conforme con la opinión del señor Bravo Murillo.

El día de la votación de presidente debe ser de hoy en adelante un día de feliz recordación para nosotros; hoy que todos conocemos perfectamente las tendencias de la Cámara; hoy que las posiciones se han despejado por completo; hoy, que sabemos á fondo, que el presidente últimamente elegido profesa un credo que es el credo del partido moderado, debemos congratularnos ampliamente por el acierto con que hemos obrado y por la unidad de miras en que todos estamos.

Antes de entrar en el examen de la importante sesión de ayer y como complemento de las observaciones que llevamos hechas, nos ocurre hacer una pregunta á los periódicos que, llamándose moderados, nos han convocado: ¿Quiénes son los verdaderos representantes del partido moderado? ¿Son los hombres de la última administración ó la mayoría del Congreso? Si suponen que la representación de ese partido está en el gabinete Armero y en todos sus colegas, tienen que negar la evidencia, porque negar la evidencia es negar que son los genuinos representantes de las ideas conservadoras todos los hombres importantes que se sientan en el Congreso y que ayer dieron su aprobación á las palabras del señor Bravo Murillo. Además, admitiendo esta hipótesis, tendríamos que suponer que el gran partido conservador, que ese partido que representa los intereses permanentes de la sociedad y que ha echado hondos raíces en el país, no tenía otros representantes que los hombres que compusieron la última administración.

Esto, como conocerán nuestros colegas, es inadmisibles: dentro de las Cortes actuales están todas, absolutamente todas, las notabilidades de nuestra escuela; por eso al fijar nuestra atención en el triunfo del señor Bravo Murillo, hemos reconocido en él nuestro triunfo; por eso al adherirnos á su política lo hacemos convencidos de que nos adherimos á los deseos de nuestros correligionarios, que es á lo que hemos aspirado constantemente.

La sesión de ayer ofrecía desde el día anterior suma importancia por haber pedido la palabra para hablar del dictamen el señor Bermúdez de Castro. Esto, sin embargo, no se verificó, porque con antelación á este señor diputado la tenia pedida el señor Nocedal, presidente de la comisión del dictamen de contestación á la corona, el cual se la cedió al señor Bravo Murillo.

El señor Bravo Murillo, ya lo hemos dicho, pronunció un profundo discurso, encaminado á exponer sus ideas políticas y á probar lo oportuno de su silencio.

Empezó S. S. diciendo que desde su emigración á Francia había formado propósito de no hacer oposición á ninguno de los ministerios que gobernasen con las ideas conservadoras, incluso el del conde de Lucena. La causa de esta conducta la explicó S. S. recordando los graves desaciertos del bienio progresista, por los que no culpaba á nadie, porque no era su ánimo traer al debate recriminaciones estériles y dolorosas; pero entre los cuales se contaban el de haber puesto á votación el trono y la unidad religiosa. Pintó con vivos colores el estado de la sociedad española después de la revolución de 1834, y probó que para evitar la reproducción de estos males no podía hacerse nada mas patriótico que apoyar con su voto, con su palabra y con su influencia á todos los gobiernos de origen conservador.

Después de hecha esta ligera indicación, pasó á contestar á los señores Martínez de la Rosa, Santa Cruz, Illas y Vidal, Rancés y otros, que en los días anteriores habían pretendido probar que en el país y en la cámara reinaba una sorda agitación producida por su silencio. El primero de estos señores había dicho que sobre el parlamento pesaba una densa atmósfera que no desaparecería mientras el señor Bravo Murillo no espusiese su opinión acerca de la proyectada reforma de 1852: el señor Illas y Vidal había aventurado la opinión de que en la cámara existía una fracción, que era la que representaban los autores de aquella reforma, y á cuyos hombres debía calificarse de absolutistas vergonzantes.

El señor Bravo Murillo probó á los señores Martínez de la Rosa e Illas y Vidal, que sus suposiciones eran ridículas y absurdas. S. S. dijo que su silencio era una consecuencia lógica de su estado; que la hipótesis del señor Martínez de la Rosa era falsa, por cuanto él no estaba en el caso de exponer su programa por no hallarse en ninguna de las tres situaciones en que un hombre público está obligado á decir lo que piensa; y que la calificación del señor Illas y Vidal era completamente infundada, porque ni los autores de la reforma de 1852 eran absolutistas, ni mucho menos vergonzantes, porque siempre habían sido francos y explícitos en la profesión de sus doctrinas.

«Nosotros, añadió S. S., espusimos entonces al país nuestro sistema de gobierno sin prevención ni hipocresía; nosotros dijimos á S. M., cuando por ella fuimos llamados, con la misma franqueza lo que pensábamos; ¿por qué, pues, el señor Illas nos acusa de vergonzantes?»

Respecto á la apreciación del señor Martínez de la Rosa, el señor Bravo Murillo dijo que estaba en su derecho callando, puesto que ni era ministro ni hacia la oposición al ministerio actual. En estos dos casos solamente, y cuando la Reina lo exige, es en los que únicamente el hombre público debe exponer sus principios de gobierno, sin que haya derecho para exigirle que lo haga en otro cualquiera.

«Me exigis, decía el señor Bravo Murillo, que esponga mi opinión sobre la reforma y yo os pregunto: ¿con qué objeto? ¿Soy yo gobierno por ventura? ¿Puedo yo saber lo que opinará mañana sobre esa misma reforma si llegara á serlo?»

Estos razonamientos no tienen réplica. Prescindiendo de la intención ó del deseo que pueda haber en algunos de desautorizar ó de poner en ridiculo al señor Bravo Murillo, haciéndole retractar absurdamente, creemos que los principios fundamentales y el completo sistema práctico de gobierno espuesto ayer con notable franqueza por S. S., dan á conocer perfectamente cuáles son sus ideas políticas y administrativas, sin necesidad alguna de hacer mención de los proyectos de reforma de 1852.—Bueno sería que cuando el señor Bravo Murillo no piensa en lo que dijo clara y terminantemente, se le deseara, como le es obligado, solo para dar en ser ministro, se viera si gobernaria, gusto á sus adversarios, á decir lo que él menos una vez llegado al poder, dando mas ensanche á las instituciones liberales. ¿Puede asegurar vosotros, los que así decíais pidiendo revelaciones absurdas é imposibles de satisfacer, cuáles serían las circunstancias políticas de la época en que haya de venir á gobernar, si viene, el

señor Bravo Murillo? ¿Podréis adivinar lo que entonces ocurriría en España, lo que puede acontecer en Europa? Pues entonces, ¿cómo exigis, como exigis desatinadamente, y solo por un espíritu de oposición ciega, el señor Martínez de la Rosa, que aquel eminente estadista os revele su pensamiento de una manera mas precisa y terminante de la que ayer empleó? Sus principios políticos y administrativos no pueden ser rechazados, después de haberlos oído, por ningún monárquico constitucional que ame la verdad del sistema representativo. El sistema ó la línea de conducta que observaría el Sr. Bravo Murillo en el poder, claro es que dependería de las circunstancias, y no conociendo á estas no puede exigirse racionalmente á nadie que esplice su modo futuro de proceder.—Cuando el país está en calma y cuando el espíritu de revelación no es de temer, basta la legalidad para gobernar sin necesidad de apelar á otros recursos; cuando por el contrario, se halla la sociedad en peligro y se ve turbado el reposo público no hay mas remedio que apelar á las medidas represivas y adoptar todas las reglas que conduzcan á cortar el mal y á evitar su reproducción.

Después de estas breves consideraciones acerca de su posición, el actual presidente de la Cámara entró en el examen de los párrafos del dictamen de contestación á la corona, y con este motivo espuso algunas reflexiones sugeridas por las palabras que el señor Ríos Rosas pronunció en mayo del año pasado al discutirse también el proyecto de contestación á la corona.

S. S. comenzó su tarea haciéndose cargo de los párrafos del dictamen relativos á nuestras negociaciones con la Santa Sede, producidas por la desamortización eclesiástica. Con este motivo espuso las doctrinas en un todo conformes con las nuestras acerca de esta materia. La desamortización eclesiástica, tal como aquí se ha verificado, es un ataque directo á la propiedad, y como la propiedad es el fundamento de todas las sociedades, dedujo acertadamente S. S. que la desamortización es ó puede ser una gran causa de perturbación. La Iglesia, en los países católicos, y especialmente en el nuestro, donde hay leyes venerandas que lo consignan, tiene derecho á adquirir, y los mismos derechos sobre lo adquirido, que los que un particular tiene sobre sus bienes.

Después de exponer estos aciertos y saludables principios, descendió el orador á examinar las circunstancias que habían concurrido en la última desamortización eclesiástica, llevada á cabo por el partido progresista. Con este motivo recordó S. S. que este acto del bienio había sido doblemente punible por existir un solemne Concordato, llevado á cabo entre el padre común de los fieles y el gobierno de S. M., y en el cual se consignaban esos derechos de que acabamos de hacer mención.

Terminó el examen de este punto exponiendo una opinión sumamente acertada, á saber, la desamortización civil; punto que seguramente se llevaría á cabo si otra nueva revolución se verificase, debe realizarse por el gobierno, para quitar una de sus esperanzas á esa revolución, obteniendo antes la venia de Su Santidad. Dijo también que era partidario de la desamortización civil, siempre que se verificase del modo mas conveniente para los pueblos.

Después de terminar la enunciaci6n de sus principios sobre la desamortización, espuso el señor Bravo Murillo los que profesaba respecto al modo de verificarse las elecciones. S. S. dijo que en su concepto era necesario ante todo modificar la ley electoral vigente en sentido mas restrictivo, declarando con derecho de emitir sus sufragios únicamente á los que gozasen una posición desahogada y completamente independiente. Los electores independientes, añadió, votan con conciencia, y jamás se doblegan á las exigencias de los que tienen interés particular y la suficiente influencia para imponer un candidato á los pueblos. En esta parte el sistema del señor Bravo Murillo es mucho mas liberal y mas pacífico que los que se han practicado hasta el día.

Hoy el gobierno ó las personas influyentes en los pueblos ó en los distritos imponen sus candidatos á muchos electores que no tienen la suficiente independencia para rechazarlos y para esconderse á arrostrar sus consecuencias: por eso las elecciones, en vez de ser la verdadera expresión del país, no son mas que la espresión de la voluntad ministerial ó de unos cuantos hombres de influencia; por eso las elecciones suelen producir lamentables trastornos; por eso son temidas, y por eso, en fin, es el sistema del señor Bravo Murillo mucho mas liberal que el de los que pretenden el sufragio universal.

Con este motivo hizo algunas apreciaciones acerca de la organizaci6n actual del Parlamento. S. S. opina que deben estar escluidos de él la magistratura, el clero y el ejército activo; opinación en la cual abundamos nosotros y que estamos seguros es la de la mayoría de los españoles.

También cree que el número de 349 diputados es excesivo, encareciendo la necesidad de formar una buena ley.

blicos, sin la cual es imposible la buena administración, y cuenta que la buena administración es para S. S. antes que la buena política, ó por lo menos tan importante como esta.

La necesidad de esta ley la reconocen todos: los ministros, decía el señor Bravo Murillo, se ven acosados por pretensiones que muchas veces no pueden desestimar y que les roban el tiempo que deberían emplear en la gobernación del Estado: el que por una recomendación, ó por una influencia, pero no por sus merecimientos, ocupa un puesto entre los servidores de su país, difícilmente vuelve, después que ha sido separado de su destino, á su primitiva ocupación. ¿Quién no reconoce esto? ¿No sabe todo el mundo que una de las principales causas que producen nuestro mal actual, es ese afan incesante é inmotivado de vivir á costa del presupuesto?

Creemos imposible tocar todos los puntos que la profunda inteligencia del señor Bravo Murillo tocó ayer, en el espacio de que podemos disponer en una reseña. El mejor medio de que nuestros lectores comprendan la importancia de sus palabras, es el de que tomen en sus manos su discurso y le examinen muy detenidamente, además de que nosotros prometemos analizarle tratando en diferentes artículos todos los puntos que abraza.

A continuación usó de la palabra para contestar á S. S. el señor Martínez de la Rosa, que no dijo absolutamente nada que estuviera á la altura de su reputación. ¿Pero qué había de decir? ¿Era posible contestar al señor Bravo Murillo?

Después de este incidente, presenciamos otro que elevó en nuestro concepto á grande altura al señor Hurtado, por su estricta imparcialidad. Habían pedido la palabra para alusiones personales los señores Lafuente y Mon, el primero con antelación al segundo, y el señor Mon quiso, no sabemos con qué derecho, salvar las prescripciones del reglamento, pretendiendo hablar antes que el señor Lafuente. El señor Hurtado declaró terminantemente que no consentiría que se alterase el turno; pero el diputado que tenía derecho á la palabra, obró delicadamente renunciando en el último ex-ministro de Hacienda el que le asistía. Al observar la insistencia con que pretendía hablar el señor Mon, creímos después que había conseguido su pretensión, que íbamos á oír grandes cosas de la boca de S. S., sobre todo cuando recordamos que hace pocos días anunció á la Cámara al discutirse las enmiendas, que al tratarse de la contestación al discurso de la corona esplanaría algunos puntos importantes acerca de la última crisis, si no recordamos mal. Pero nuestras esperanzas quedaron defraudadas: el señor Mon habló ayer para sufrir una derrota; vergonzosísima derrota, que el señor Nocedal le proporcionó en las breves palabras que dirigió á la cámara.

Este señor diputado, en un breve y enérgico discurso de bellas formas, y esto lo reconocemos con nuestra imparcialidad habitual, probó á los señores Martínez de la Rosa y Mon, con razones evidentes, que todo cuanto habían dicho estos señores era un absurdo. ¡Qué lección!

El señor Nocedal dió una merecida lección á los señores Mon y Martínez de la Rosa, haciéndoles ver que sin duda creían que todas las circunstancias son las mismas y que las épocas caídas de 1822, de 1834 y 35 no pueden ser semejantes á la actual, sin embargo de lo cual creen aquellos señores que siempre debe observarse igual sistema. Achaque es este del santismo, y por eso son tan funestos los hombres comprendidos en la cofradía.

Semejante espectáculo no pudo menos de hacernos pensar con lástima en la ridícula posición en que se hallaban colocados los dos ex-embajadores en Roma?

Terminado este incidente se levantó la sesión á las seis y media de la tarde, anunciando el señor presidente que el lunes continuaria la discusión pendiente.

Al comenzar nuestro artículo lo hemos dicho: entre todas las sesiones celebradas por la Cámara, ninguna mas importante que la de ayer.

El tiempo probará á todos si nuestras palabras son exactas.

J. Gomez Diaz.

La mayor prueba de que las oposiciones solo se proponen combatir por sistema al gobierno actual y al partido moderado que este representa, es que, á pesar de la insistencia con que la prensa y los diputados conservadores han declarado que no quieren, ni mucho menos, la reforma de 1852, hoy inaceptable, sin embargo, los periódicos opositonistas siguen impávidos hablándonos de la reforma como de un hecho cierto y asustándonos á sí propios (porque no pueden asustar á los demás) con los cuadros patibularios de reacción, que trazan á las mil maravillas.

Ayer dice El Clamor que es evidente que estamos mas cerca de 1852 que en tiempo del gabinete Armero. El gabinete Armero nos hubiera llevado, segun su marcha, á la unión liberal; la unión liberal hubiera traído necesariamente en pos de sí el triunfo de los progresistas; detrás de los progresistas hubiérase alzado la revolución democrática; con la revolución democrática ha

haya espuesto y sostenga el gobierno actual. No pertenece a mi pertenecerle, ni pertenecerle, a la oposición, ni a ningún ministerio conservador. Hallábase yo, señores, retirado en Francia en el desgraciado bienio de 1855 y 1856, hallábase separado de los negocios públicos completamente, y hasta separado de España. En aquel sitio tuve ocasión alguna que otra vez de hablar con alguna de las personas que se hallaban allí mismo, ó que iban por casualidad. Hay algunas en este recinto que me están escuchando, a las cuales manifesté, con la franqueza que yo acostumbro siempre, que en el caso bien esperado, y realizado por fortuna de nuestra patria, de que el partido católico se pudiese volver a ponerse al frente de los negocios públicos, yo no haría oposición a ningún ministerio que perteneciese a las filas del partido conservador, a ningún gobierno que gobernase con las ideas conservadoras. Yo manifesté mis deseos; yo manifesté ante de formarse el ministerio del duque de Valencia, y cuando aun existía el gabinete del conde de Lucena, que si durara aquel ministerio, y yo tuviese algun carácter político como el de diputado a cortes, si aquel ministerio hubiera gobernado con las ideas conservadoras, me habría unido a su lado, no le habría hecho oposición y con la misma conducta habría de seguir con el ministerio del duque de Valencia. Y los hechos hablan a favor de si la he seguido ó no. La misma ha habido observado con el ministerio presidido por el general Orovio, y la misma observaré con el ministerio actual, como con todos los ministerios del partido conservador que se sienten en ese banco y gobiernan en paz con las ideas conservadoras.

Yo había manifestado además, y tengo una singular complacencia en repetirlo en este sitio, que me consideraba en tal situación, que no podía de ninguna manera contribuir al bien de mi país mas eficazmente, ni de otro modo, que estando retirado de los negocios públicos, con mi abnegación, con mi completa abnegación, la mas completa y mas absoluta. Puede ser que otros tengan formadas otras ideas, otras opiniones; puede que otros abriguen otros pensamientos; los míos han sido y son esos. He creído que podía hacer mucho mas bien a mi patria, mucho mas bien al trono y a las instituciones, alejado del poder. En esa persuasión estoy, y espero que esta persuasión continuará.

Cuando tal es mi situación pública manifiesta, que nadie ignora, que nadie puede contradecir, ¿qué significa preguntarme a mí, como a los demás hombres que formaron la administración de 1851 a 1852, si se persiste en los proyectos de reforma de aquel año, ó se abandona de ellos y se retiran esos proyectos? El afirmarse en esos proyectos, decía el señor Santa Cruz, y esta idea ha sido aceptada por los demás señores que han hablado de esta materia al parecer, será inutilizarse. El abandonar esos proyectos será retractarse, será fallar a lo que un hombre público de ciertas condiciones no puede fallar jamás. Pedimos, pues, a los señores que se han levantado a contestar, que en estos proyectos de reforma, con este objeto, con este objeto que los señores conteste yo manifestando lo que me dijo SS. SS. han dicho, es ó un decreto ó un memorial ó una sentencia en un juicio inquisitorial. A formar esos raciocinios con tal objeto, con tal fin, exige de mi parte que yo pregunte a mi vez, ¿Dónde está el memorial en que pones ese decreto? ¿Se trata de aspirar al poder? ¿Quién lo pretende? ¿Quién lo pide? ¿Quién da muestras de desearle? Los hombres de 1851 y 1852, están llamados al poder, ora insisten en los proyectos de reforma, ora los abandonan, ora los retractan? ¿Por qué ese decreto? ¿Se piden esos poderes a los señores? ¿Habeis puesto un decreto al frente de un memorial que no existe? Vosotros mostrais el decreto; yo os pido el memorial. ¿Quién lo ha presentado? ¿Y si ese decreto se ha escrito sin memorial, no es, por consiguiente, ni puede ser, un decreto, entonces es un fallo en un proceso inquisitorial y de oficio.

¿Y no conocen estos señores, no conocen los que las interpretaciones dirigen, que esas interpretaciones, esas preguntas, esas demandas de explicaciones, esas exigencias, carecen absolutamente de objeto? Pues cada uno del miedo que parecen manifestar esos señores, ¿qué se teme? ¿Se teme que yo, diputado, plantee los proyectos de reforma de 1852? ¿Cómo ni de qué manera? ¿Se teme que yo trate de plantearlos como ministro? ¿Tengo yo ese carácter? Absurdo, señores, si digo con perdón de todos aquellos a quienes con respecto en este momento, abusar la me parece, por no decir ridícula, la pregunta en las circunstancias en que han hecho estos señores, demandando si se insiste en los proyectos de reforma de 1852 ó se retiran esos proyectos. ¿Cuántas respuestas tiene esta pregunta sin necesidad de entrar en el fondo de la cuestión, sin necesidad de repetir aquí lo que ninguna obligación hay de repetir en este momento, sobre cuáles son nuestros encamientos políticos, sin necesidad de ponerse en ridiculo, como en ridiculo se pondría el hombre que contestara a esas preguntas.

La pregunta no se dirige a lo que yo pienso en este momento, sino a lo que yo haré y pensaré en el caso de circunstancias de ese poder, de forma, parte de un ministerio. ¿Y quién de esos señores puede decir con tanta puerilidad en su corazón, con la conciencia de su patriotismo, y con el interés que exige el bien público en un tiempo que no se cuándo llegará, ni si llegará, en esas circunstancias que desconozco completamente, en ese tiempo que yo me figuro, y en esas circunstancias que desconozco, haría yo esto?

Los proyectos de reforma de 1852, lo mismo que la Constitución de 1812, lo mismo que el estatuto de 1834, lo mismo que la Constitución de 1837 y la de 45, y lo mismo la reforma de 1857, así como todas las Constituciones y reformas que puedan venir tienen defectos: en ninguna de ellas, absolutamente en ninguna, pueden encontrarse la bondad absoluta, que solo existe en Dios y en las cosas de Dios. Preguntar por consiguiente a un hombre, si adopta, si insiste, si continúa en su pensamiento de hacer cinco años, tal como estaba aquel pensamiento, ó si por el contrario, lo relica y abandona y pone en contradicción consigo mismo, es una cosa absurda.

Yo no puedo hablar con la confianza de que hablan, ni produciré el bien de mi país, y menos acertar, ni puedo hablar hoy de los proyectos de 52, porque no estoy en situación de pensar si podrían ó no proponerse esos proyectos. Yo no sé lo que pensaré en ese caso; pero siempre pensaré que no hay en ninguna de las cosas del mundo la bondad absoluta que existe solo en Dios.

En el progreso de mi discurso (puesto que he tomado la palabra, y voy a usarla en pró del dictamen), tal vez surjan algunas indicaciones que tengan relación con este punto. Ahora voy a hablar en pró del dictamen de la comisión, manifestando al Congreso que hay en este punto una coincidencia que no deja de ser notable. Nos hallamos en este sitio en mayo de 1857; habíase abierto la legislatura; trábase de la discusión del dictamen de la comisión, y yo me encontraba presente, y creí yo que tal vez yo sería indispensable tomar parte en aquella discusión. Lo creí con motivo de una indicación sumamente benévola, y que yo agradeceré a la memoria, que hizo el señor Rios Rosas, en sus discursos acerca de los proyectos de reforma de 1852, 1853, 1854, reducida a que la bandera levantada en 1852 estaba ilegítima, y que sus autores la consideraban ilegítima.

Yo tenía entonces que podría verme en la necesidad de tomar parte en aquella discusión, y digamos que lo tenía, porque lo deseaba tomarla. No quería que se interpretase, ni que se dijese, que yo dijiera, ó me indicación que me fuera hecha del gobierno de S. M., y mucho menos que me oposición al gabinete, y tenía también el temor de que pudiera calificarse mi conducta como de oposición al poder en un sentido ó en otro, ó como de oposición al gabinete presidido por el duque de Valencia. Este temor es el que selló mis labios; este temor me hizo que yo guardase silencio en aquella discusión y en todo el tiempo que duró la anterior legislatura. Pero en aquella discusión tome algunos apuntes, y estos apuntes, señores, son los que van a servirme de guía en este momento, habiendo de esplanarlos muy brevemente, por lo mismo que no todos tienen la gran oportunidad de este momento, y a pesar de que algunos, en mi concepto, la tienen en todas épocas y en todas circunstancias.

Gobernar, señores, han dicho unos es prever, otros aconsejar, otros resistir, otros ceder; todas las cosas, y cada una de ellas, son dotes y cualidades indispensables para gobernar; unas al mismo tiempo, y otras alternativamente; deben tener aplicación:

adaba podría y sufrir en esto. No es mas que la indicacion de un sentimiento que ha nacido en mí, de una idea que se ha despertado en mi ánimo, como motivo de ese horrible asqueamiento. Pero creo que el mismo sentimiento se habra despertado, no solo entre nosotros, sino en otros paises, en las personas y en los hombres que pueden tal vez contribuir á que se lleve á ejecución.

Habiba, señores, del socialismo: he recordado las intenciones que se han hecho en España y que hemos presenciado. Todos recordamos los incendios de Valladolid y de Palencia, y todos recordamos la prueba postrer que tristemente ha venido á confirmar los vaticinios que yo hacia en el año precedente. He oido decir, y creo que no sin fundamento, que se habian descubierto sirromas en algunas de las provincias de la monarquia, de trabajos que se preparaban para un dia determinado, en el cual debia ocurrir un grande asqueamiento en la capital del vecino imperio. Si esto es asi, como lo creo, podrán los señores diputados decidir cuanto lo que se trabaja en ese sentido, y cual es, por consiguiente, el mal, la gran calamidad que debemos conjurar, y precevar, cooperando todos, cada uno en su situacion, á ello, lo mismo los de un partido que los de otro, lo mismo los progresistas que los moderados; porque si ocurriese esta gran calamidad todos quedaríamos iguales.

He dicho, señores, que el socialismo es la antitesis de la sociedad, es la negacion de la sociedad. Añadiendo ahora, que en materia de socialismo, es decir, con el objeto que se proponen los que abrigan esas ideas, imposibles de realizar por mucho tiempo, todo lo que pudiera hacerse y pudiera apegarse, y pudiera pensarse en esta direccion, con eso fin que manifestan y que ostentan aunque hipocritamente, los socialistas, está ya hecho y de una manera, que no puede mejorarse; y de ahí no se puede pasar. Con el fin á que se aparentan aspirar los socialistas, nada se puede hacer, mas que lo que hizo el fundador de nuestra religion, Jesucristo, no se puede pasar de la doctrina de Jesucristo, no se puede pasar del Evangelio; santificar la pobreza, resistir la pasion del avarice; presentar al pobre la resignacion, y al rico la caridad; presentar una imagen, en que una parabola al rico avariento y al pobre que estaba debia, el que se habia de su mesa, recogiendo las migajas del pan que se caian de la mesa al rico, y al uno pagando su orgullo en las penas eternas, y al otro disfrutando el premio de su resignacion en la gloria eterna. A mas de esto, no se puede aspirar; mas que esto no se puede hacer. Procurarse, lo mismo es, y necesario, el alivio de las clases pobres; procurarse la beneficencia; pero es necesario tambien atender á otras cosas; y una de ellas es la defensa y la proteccion de la propiedad, de que habia dentro de muy pocos momentos.

Cuando la situacion, señores diputados, era el año anterior y es en la actualidad, la que acabo de presentar á vuestra vista, cuando nadie dudó de esto, parárame á mí mismo que en interés de la salvacion de la sociedad, el patriotismo de todos, el amor que todos tenemos al orden social, á la conservacion de la sociedad, del trono y de las instituciones, exigian que pensásemos de una manera muy seria, en los medios de conjurar ese mal; y parecíame, ademas, que cuando aparamos la vista de esa consideracion, y cuando aqui nos detenemos y nos ocupamos todos, absolutamente todos, pues yo á nadie aludo ahora, ni á fracciones ni á personas; cuando nos ocupamos, digo, en distintos puntos secundarios, de puntos de politica ó de otro género, antes habia hecho todo lo que conviene ó todo lo que sea posible hacer para conjurar esos males, me parece, señores, que damos muestras de no considerar su gravedad, ó de creerlos distantes cuando por desgracia pienso que nos amenazan muy de cerca.

¿Qué debemos hacer, señores, qué debemos procurar en general para evitar esos males que nos amenaza? A mí, señores, me parecia en mayo de 1857, me parecia en enero de 1858, que debemos contribuir lo mas á la formacion de un gobierno fuerte, estable y duradero, á que se convulvie entre nosotros el orden, que está en el estado de agitación en que nos hemos visto, á que en lo que nos encontramos, á que haya tranquilidad y tranquilidad, á que llegue esa sociedad á un pensamiento en una formula muy concisa, para mí muy significativa, á que llegue esa sociedad á su asiento; porque esta sociedad hace mucho tiempo, por causas que no son imputables á nadie, sino á personas, ni á partidos, por efecto, mas bien de un conjunto de circunstancias que no hemos podido evitar, se halla fuera de su asiento; señores, completamente fuera de su asiento.

Este, señores, es el fin á que debemos aspirar. ¿Cuáles son los medios que mas directa y mas inmediatamente pueden contribuir á ese fin; pero medios prácticos, señores? Hay énta sociedad tres elementos permanentes, de grandísimo influjo en ella, y es necesario procurar por todos los medios posibles, y procurar teniendo en ello puesta la mira constantemente, en apartarla ni en los actos del gobierno, ni en las leyes, que esos elementos conspiran al fin de la estabilidad de la sociedad. Sin administración de justicia, sin religión, sin fuerza armada, la sociedad no puede estar en un orden de tranquilidad y de estabilidad. ¿A qué me habia yo de extender en reflexiones sobre esto? Ya completamente inútil.

Los señores diputados comprenden todos cuanta es la importancia de todos y cada uno de estos elementos; y todos y cada uno de ellos deben conspirar para al fin de la estabilidad, del orden y del asiento de la sociedad. Cuando se trate, pues, de cualquiera cosa que tengamos relación con esos interesantísimos objetos, los tres que son los tres elementos del orden público y de la conservacion de la sociedad, es necesario procurar que todos contribuyan á ello; es necesario tambien procurar en todos el mayor sostenimiento, el establecimiento, la firmeza, y luego la armonia entre todos ellos. Uno de estos, especialmente, tengo que haber dicho, es la religion, porque se trata con uno de los puntos de que se trata precisamente en el proyecto de ostentacion al discurso de la corona, y porque es una materia en la cual deseo enunciar las opiniones que yo tengo: hablo de la religion, del culto, de sus ministros; hablo de la Iglesia y del clero.

Los ministros del culto, el clero, ha tenido siempre, creo que debe tener, ó que debe procurarse que tenga, una saludable influencia en el orden social. Esa influencia, señores, la ha tenido el clero en otras épocas, segun el estado de civilizacion de los pueblos, segun el giro que ha tomado esa civilizacion, segun las costumbres, y la ha tenido á menos costa que puede tenerla hoy, con menos sacrificios de los que hoy necesita emplear, y de los que emplea seguramente, porque procura cumplir satisfactoriamente su altísima mision.

El clero en todos tiempos, especialmente en la edad media, sin necesidad de grandes esfuerzos, aunque esos hacia, tenia gran consideracion y prestigio, solamente por su carácter: bastaba el signo superior del carácter que adornaba á la persona; bastaba el haber sido clero, para que se le prestara consideracion y respeto al que era clero. Los tiempos han cambiado en esta parte, y el clero en la vida necesita conquistar el prestigio saludable que debe tener en la sociedad por su saber y virtudes, cualidades que tiene y que debe procurar mantener, continuamente que conserve y aumente en lo posible. El clero lo tiene tambien en la actualidad, y debe tenerlo en esta época por su desinterés, y el desinterés del clero en el España están dotados muy pobremente. Pero se trata con este motivo, ¿surge en esta ocasion, la cuestion de los bienes de la iglesia, la cuestion de la desamortizacion; y este es el punto sobre el cual he dedicado que iba á manifestar mis opiniones.

Las que yo he sostenido son bien conocidas, los principios son los mismos, mis creencias son iguales con cuanto á las ideas. He figurado, por la posicion que he ocupado generalmente de diputado, en casi todas las cuestiones que se han traído aquí sobre esta materia. Se acordó y verificó en una gran parte la enagenacion de los bienes del clero secular en la época de 1840 á 1843; en 1845 se propuso por el gobierno de S. M. la devolucion á la Iglesia de los bienes que no se habian vendido; tuve el honor de ser individuo de la comision nombrada por el Congreso; apoyé con todas mis fuerzas el proyecto del gobierno de S. M., contribuí con mi voto y con mi palabra á que dicho proyecto se acordase en ley, y así se verificó.

Concordo celebrarlo con la Santa Sede, y concluido en 1851, fui preparado, por el ministerio que presidia el señor duque de Valencia, para enunciar lo

comenciado en el discurso de la corona, que ha aceptado el gabinete actual según se desprende de la contestación a ese mismo discurso, y solo me resta decir que como el gobierno de S. M. propugna después de mediarlo y examinarlo bien para proteger los intereses de los establecimientos a quienes corresponden hoy esos bienes, eso volaré y aprobaré, sin entrar en su discusión.

Otro de los grandes medios (señores, tengo a la vista los apuntes del año pasado, y algunas cosas no hago más que indicárselas; en otras, que creo podrán tener alguna oportunidad en este momento, me extenderé algún tanto), otro de los medios que poderosamente podrían contribuir a producir la situación a que en mi juicio debemos aspirar, una situación de tranquilidad, de orden, de asiento en la sociedad, era la instrucción pública que el año pasado estaba anunciada en el discurso de la corona, y que sobre la cual, después se presentó un proyecto de ley y se acordaron las bases sobre esto. Yo no me he limitado bastante sobre esta cuestión: no me he limitado bastante sobre la ley que se ha hecho, y nada puedo decir acerca de ella; no me he ocupado de este punto, y digo solo quees de la mayor influencia e importancia, y desearé quees que se haya procurado llenar el grandísimo objeto a que una ley de instrucción pública debía tender. El Congreso examinó, si hay algo que examinar, sin que ahora sea demasiado oportuna, como los señores diputados conocen de estar en esta cuestión.

Pero es de hoy, como lo era del año pasado, como lo será de todos tiempos; pero muy especialmente de los presentes, la influencia de la propiedad. En el día, en la situación en que nos hallamos, por el mal de que se halla amenazada toda la Europa, en el día, la mala influencia que debe haber, la que la propiedad debe contribuir a evitar, es mal, es la de la propiedad, la que está amenazada es la clase de la propiedad, y lo que debe llamar constante y permanentemente la atención del gobierno y de los cuerpos deliberantes es la propiedad, la clase de los propietarios. Cuando hablo de esto, debo, señores, decir lo que siento; debo ser franco, como procuro serlo en todas las cosas; los propietarios en España para salvarse y defenderse, para defender su propiedad, que tienen que defenderla desde ahora y desde luego por los medios regulares, y si acaso venga un día en que tengan que salir a su desagrado con la fuerza; los propietarios, digo, triste y desgraciadamente, tienen que resignarse a pagar mas de lo que pagan.

He sido, señores, ministro precisamente del ramo que tiene relación con el punto de contribuciones, he sido ministro de Hacienda, he hablado de economías, he procurado las que me han sido posibles; como diputado hablo menos de economías que he hablado como ministro; como diputado y como contribuyente, aunque en una pequeña parte, porque no es grande mi fortuna, pero soy contribuyente, soy propietario, tengo que decir aquí francamente, de manera que lleven a oídos de todos, que si bien los propietarios tienen derecho a que el gobierno, a que las Cortes, en todos sus actos, tengan puesta la mira con el mayor interés en la protección de esa clase, es necesario que los propietarios acudan a sostener al gobierno, a sostener el orden, la situación, las instituciones, haciendo sacrificios, pagando mas de lo que pagan. Es necesario, señores, hacerse cargo de las circunstancias, del estado de la civilización en todos los pueblos de Europa, de la cual participamos necesariamente nosotros; de nosotros mismos vivimos ya a la moderna; y resumiendo en una fórmula lo que he dicho, añadiré, que vivimos a la moderna y todavía queremos pagar a la antigua. Esto no es posible.

Tratando de esta materia, naturalmente debe ilustrarse, y lo encuentro oportuno en este lugar, de la administración pública; hablo de la administración pública, señores, porque nada creo que conduce tanto como ella al sostenimiento de las buenas situaciones políticas o al remedio y mejora de las malas; porque en este punto tengo yo una opinión, que si bien en teoría no se le impugna; en la práctica acaso no ha sido seguida como lo ha sido por mí. Tengo una máxima, que no sé si se llamará, como otros, en este caso, una máxima, o si se la llaman también en otros; pero que la administración pública deba en cuanto sea posible, caminar paralelamente, auxiliarse y ayudarse; pero en el caso de que no puedan estar las dos a una misma altura, en el caso de que la una de ellas haya alcanzado mayor altura que la otra, la administración en mi fuero, no puede ser la esclava, la miserable servienta de la política; la política debe servir a la administración.

Esta máxima, señores, yo he procurado practicarla, la he tenido siempre por norte, he caminado en esa dirección en cuanto he podido; y por eso digo. Porque yo profeso otra máxima en política también, que está enlazada íntimamente con esta, que es como su hermana gemela; la de no confundir los medios con el fin, especie de sofisma que nos ha producido muchísimas calamidades, muchísimas contiendas, muchísimas perturbaciones, muchísimas enemistades; hablo de enemistades y de contiendas políticas de partidos, de fracciones y de personas; porque aquí se ha hablado mucho y se habla, y se hablará constantemente, de puntos políticos, de derechos políticos, de instituciones de puntos relativos a las instituciones; y todos estos, señores, son medios, y el fin es otro: aquí se han sacrificado muchas veces los fines a los medios; y yo humildemente creo que se deben sacrificar, en caso de que deba haber sacrificio, los medios a los fines.

Yo creo que el fin de la sociedad, y por consiguiente el de las constituciones, el de todas las instituciones políticas, es la tranquilidad, la seguridad individual, el bienestar de los ciudadanos, la paz, el sosiego y el orden político; y las constituciones y todo gobierno de las naciones, todas las leyes fundamentales, todas las leyes ordinarias, todas ellas no son mas que medios para llegar a ese fin. ¿Qué me importa a mí que en nuestra Constitución se hallen consignados tales o cuales derechos, si esos derechos después no son efectivos?

Yo no me opongo de ninguna manera a que los derechos estén consignados, yo reconozco esos derechos, como que son el fin de la sociedad; si estamos reunidos, si pagamos contribuciones, si tenemos penos esos deberes que cumplir, es para obtener lo que la sociedad nos da; esto es, la tranquilidad, la seguridad de las personas y de las propiedades, el sosiego y el orden público; pero si a mí me dan instituciones en que estén esos derechos muy clara y pomposamente consignados, y luego no se atienden, y luego se violan, y luego no se cumplen, entonces, yo de las instituciones renegaré, buscando que se consoliden los derechos y que se atiendan. Yo, señores, no aludo a nadie, no me refiero a nadie, ni a fracción, ni a partido, ni a persona alguna; expongo una teoría mía, y digo que es teoría fundamental de política general, y señalaré la es la de que la administración debe caminar paralelamente con la política, y en caso de que haya sacrificio, la política debe ser sacrificada a la administración, y nunca jamás la administración a la política.

Tenía yo, señores, apuntadas en mayo del año anterior, y es oportuno también en este momento, porque se trata de esto en la contestación al discurso de la corona, algunas indicaciones sobre una ley de empleados públicos.

En la clase de los medios, fuera de los que bajo otro aspecto dejo examinados, de los medios que pueden contribuir a preparar entre nosotros una situación de estabilidad, de paz y de sosiego, y un gobierno normal, estable, firme y a mismo tiempo robusto y benéfico, considero que los principales son tres: primero, la manera de hacer las elecciones, la ley electoral; segundo, la manera de deliberar los cuerpos colegiados; tercero, una ley de empleados públicos, o sean las reglas que deben observarse para la provision y ascenso de los empleados. Las dos primeras ya se ve que son exclusivamente políticas; la tercera es administrativa, o por lo menos lo parece; pero por desgracia está tan ligada a la política, que muchas veces depende de ella.

Sobre estos puntos, dos de los cuales, la ley electoral y la de empleados, se tocan en la contestación al discurso de la corona, yo indicaré brevemente algunas de mis ideas al Congreso; y haré también algunas indicaciones, aun breves, respecto del otro punto que me queda.

(Yo voy ya a decir a los señores diputados que así los ignora, que estos no conocen, que estos no sientan, respecto de la ley electoral, respecto de las elecciones. Nada nuevo, señores, y nada nuevo, por muchos motivos; porque no quiero hacer una repetición

ción de lo que tantas veces se ha espuesto en este lugar, porque me basta a mí referirme en este punto a la conciencia de los diputados, y a lo que cada uno sienta y encuentre en su conciencia; estas es la testimonio mayor que puedo apelar de lo que voy a indicar al Congreso.

Las elecciones, señores diputados, se hacen actualmente en España de una manera que cada elección general es una verdadera perturbación social. El país se conmueve, se agita, y se agita de una manera terrible; llegan las luchas, llegan las contiendas, llegan los odios a los distritos, a los partidos, a los pueblos, a las familias, a los individuos. Se establecen, señores diputados, sin poder remediar, por la fuerza de las cosas, por una consecuencia inevitable que todos lamentamos, contra la cual todos protestamos; pero que no advertimos que es en vano protestar y lamentar, porque la fuerza de las cosas la trae consigo y a nadie se puede culpar; se establece, repito, una lucha necesaria, inevitable, natural, entre el gobierno y los partidos que le combaten, y el gobierno, señores, hace muchas cosas, tiene que hacerlas; se ve en la indispensable necesidad de hacerlas contra su voluntad, contra sus ideas, contra sus instintos y sus principios; pero en propia defensa, porque entra en una verdadera guerra, y en una guerra puede pensarse al principio si se entra o no en ella; pero después de haber entrado nadie tiene tiempo de pensar, si es justo o no defenderse hasta la más alta, o más allá.

Este lastimoso estado, señores, yo deseo que cese: yo creo que es indispensable que cese. Mientras no cesa no tendremos paz, no tendremos tranquilidad, seguirá la agitación, no habrá ni orden estable de cosas, la sociedad no podrá ser equitativa en ellos, ni lo habrá sido, ni lo será nunca. Conveniamos, en el fin, tratamos todos de buena fe de conseguir eso fin, busquemos todos con celo, con buena fe y con afán. Indicaremos solamente, pero repitiendo que no soy exclusivo, ni lo sería nunca en ninguna caso, en ninguna situación, y no insistiría y cedería a cualquier cosa que se propusiera mejor que aquella; indicaría solamente, por indicar algo, que en mi juicio, buscando la verdad, los electores deben ser pocos, no debe haber cuestión sobre si son electores o no lo son los que aparecen en el número que designa la ley en las listas electorales de la contribución. Diré que 349 diputados me parecen demasiado para España; diré que, en mi humilde opinión, hay clases que considero como otras tantas religiones, que por lo sagrado de su instituto no deben tener participación en este cuerpo, debiéndola tener y teniendo la en el otro. Estas clases son, el clero, que está escluido, y yo lo apruebo por esa razón que he manifestado, la magistratura y el ejército activo; diré, por último, señores, que por regla general, los empleados en servicio activo, tampoco deben venir a este sitio. Hay empleados, hay cierta clase de empleados de alta categoría de residencia fija en Madrid, cuya presencia en este cuerpo es muy conveniente para ilustrar las cuestiones.

He dicho antes que los empleados, por regla general, y con la excepción que acabo de indicar, no deben tener entrada aquí, fuera de otras razones, por una muy obvia. ¿Qué significa, un empleado en una provincia o en Madrid de un corto sueldo que no va a su oficina por venir aquí? Que cobra el sueldo y no sirve el destino, con perjuicio del público y de la administración. Pero he pronunciado una expresión, llamando la atención sobre ella, que necesita algunas explicaciones, porque tal vez habrá sorprendido a algunos señores diputados, especialmente a los progresistas.

He dicho que mi opinión es que los electores sean pocos buscando la verdad. ¿Y se busca la verdad siendo pocos? Si, señores, con ahorro de camino. De los electores que votan hay muchos que tienen precisa mente lo necesario para adquirir la cualidad o carácter de elector, y hay otros ricos que tienen muchos bienes de fortuna. ¿Quiénes son los que votan de estos real y verdaderamente? Los de la última clase, los que pagan muy poco, ¿verdad? No, señores. Votan los ricos, los influyentes. Pues supongamos que se estableciera el sufragio universal, ¿quién votaría entonces? Las personas influyentes, con mucha mas preponderancia, porque cada persona influyente en un pueblo o en un partido, tiene su clientela, sus arrendatarios, sus trabajadores, personas a quienes emplea, y otras que van a solicitar su favor y protección; el influyente, el rico, el propietario, uno o mas en cada distrito, es el que dispone de los demás, y cuando estos depositan en la una las papeletas, votan lo que les ha indicado esa persona influyente. Esta es la verdad; la sienten todos, todos la conocen. Pues yo quiero la verdad con ahorro de camino.

He hablado, señores, de la manera de deliberar de estos cuerpos. El señor Illas y Vidal, de quien hice mención al principio de mi discurso, cree que me confundí en esa clase de absolutistas con el adjetivo de vergonzantes, que su señoría ve, y que tal vez no exista mas que en su imaginación. Sobre lo de vergonzantes, ya he contestado a su señoría. Yo no he sido nunca vergonzante en nada. He profesado siempre mis opiniones. Acaso alguna vez habrá usado de mas franqueza de la que convenia; acaso habrá dejado de callar pudiendo hacerlo, y he sentido las consecuencias, nada favorables para mí, de esa conducta; pero no estoy arrepentido.

En cuanto a lo de absolutista, voy a decir cuatro palabras, en contestación a las pronunciadas por el señor Illas y Vidal. Yo soy absolutista de un absolutismo solo, no reconozco mas que el de Dios; porque el absolutismo de Dios es el ser necesario, de un ser único, de un ser infinitamente sabio e infinitamente justo. Pero entre nosotros (porque yo no hablo de otras naciones, no tengo misión para eso, ni puedo tampoco decir que haya una clase de gobierno que sea general, que sea la única conveniente para todos los países, ni puedo decir eso, ni es mi misión, ni lo tengo bastante estudiado), hablando de España diré a S. S. que no he sido, ni soy, y espero no ser, absolutista. Las pruebas que S. S. encuentra de que soy absolutista o de que tengo al absolutismo, esas serían calificaciones de S. S. Yo soy enemigo por convencimiento y por organización, de la arbitrariedad, y soy amigo y partidario decidido, también por convencimiento y por organización, de la legalidad. Yo quiero un trono, un trono fuerte, un trono respetado; pero no lo quiero arbitrario, despojado ni absoluto; quiero que tenga reglas, y que no falte a esas reglas.

Yo quiero, señores, que he querido siempre, jamás en ningún proyecto he propuesto nada contra su existencia. Las he querido, las quiero, y si gozara de ellas, con un gran prestigio, con grande autoridad. Lo que he pensado alguna vez, lo he pensado en esta dirección, y con ese fin, puedo haberme equivocado en los medios, eso es muy posible; si los señores diputados lo creen así, sea en buen hora, dese por asentado, yo no defiendo eso; lo que yo sostengo es que el fin a que se encaminaba era a dar prestigio a las Cortes, a darles autoridad, a darles respetabilidad, porque creo, por un principio, que la existencia de las instituciones y de las Cortes, si tienen algún peligro en España, es el que puede nacer de sus propios excesos. Para salvarlas, y para que puedan ser fecundos los trabajos de las Cortes, para conservar las instituciones y conservar la sociedad, es necesario que tengan gran prestigio, y no pueden tenerlo cuando en sus deliberaciones no hay el decoro que debe haber. Así que, pienso bien los señores diputados, porque yo, sobre eso nada propongo, y nada habría que proponer en este momento. Si llega el caso, cuando llegue, cuando esta cuestión ocupe al Congreso que se medite bien esto, y se tenga esto presente.

Se podría hablar mucho sobre este asunto; se podrían recordar los ejemplos tan continuos, tan frecuentes entre nosotros, del desprecio de la representación nacional causado por ella misma, por hechos que han ocurrido en su seno; yo no lo he, no lo necesito hacer; diré solo que el fin a que creo debe aspirarse, es a fijar bien la manera de resolver y de deliberar. Conciéñense todos los señores, búsquese el medio, propóngase para esto, y ese medio, sea el que fuere, tiene mi voto. Propónganle otros en hora buena, no quiero tomar la iniciativa; pero búsquese ese medio con la conciencia de que de esa manera se conservarán y salvarán las instituciones; de otro modo, yo creo, aunque puede ser una equivocación mía, que puede haber peligro.

He hablado por último, señores, como de un gran medio de mas importancia de lo que se cree, para aspirar al fin que he indicado, para conseguir el asiento de la sociedad y para que tengamos un gobierno firme,

me, sólido y estable, de la ley de empleados públicos. Esta indicación parece de poca importancia, y es de tanta, señores, que si no se pone remedio, y si no remedio pronto y eficaz, vendrá un catástrofe. Si así seguimos, es imposible la conservación y la continuación de la existente, es imposible la administración pública; y sin administración pública, sin una buena y ordenada administración pública, no puede haber aquí nada bueno, no pueden arraigarse las instituciones, ni puede haber nada estable.

Es imposible la administración pública cuando los empleados no tienen ningún género de estabilidad; es imposible la administración pública cuando a cada cambio ministerial ocurre, sino el hecho, la aspiración al menos, por parte de todo el mundo, de que se verifiquen cambios, y cambios radicales y generales. Parece imposible que pase lo que todos vemos, lo que yo he visto y tocado, por mi desgracia, y que creo tocarán y sentirán todos los señores diputados; parece imposible; pero es una cosa demasiado cierta, que a la noticia de un cambio ministerial, todos se agitan, todos vienen, todos ocurren, y no hablo de lo que sucede, a lo menos de lo que se pretende, en tiempo de elecciones. Esto, señores, horroriza.

Hasta por la material pérdida de tiempo, es imposible, completamente imposible, que un ministro pueda ocuparse de los negocios públicos y desahuciarlos, si ha de atender a las reclamaciones sobre personas, si ha de atender a los empleados, a los pretendientes, a los aspirantes. Señores, no culpo a nadie; no culpo a los señores diputados de que les suceda lo que me sucede a mí mismo; pues qué, qué diputado puede evitar que acudan a él con mil pretextos, barnizándolos con mil colores, una multitud de personas que demandan su protección? Esto, señores, es imposible, y lo es además, bajo otro concepto.

Si se formara la estadística del personal de empleados públicos en actividad y cesantes en todos los ramos de la administración, nos asustaría; pero con tal trascendencia, y esto no debe perderse de vista, que de año en año van creciendo de tal manera, que concluirán por producir, como he dicho, un catástrofe. No se crea que es exageración lo que creo como lo digo; es una verdad que se tocará desgraciadamente si no se pone remedio. ¿Hay alguien, señores, en España, que siendo de una clase pobre y laboriosa, que siendo hijo de un menestral o de un profesor de cualquiera clase de industria, se limite a seguir el ejemplo de su padre a ejercer una profesión o arte, a trabajar en su oficio? Pues, señores, son muy pocos. Lo general es que aspiren todos a ser empleados, y lo general es también que con tal movimiento de empleados sea una especie de milagro que se encuentre uno de esta clase que no haya obtenido una vez algún empleo. Y lo cierto es, señores, que en habiendo obtenido un empleo una persona de esta clase, por secundario que haya sido, carísima vez vuelve a ocuparse en una profesión, ni en ninguna clase de trabajo; es un verdadero vago, una plaga de la sociedad.

Y qué se puede esperar, señores, de este estado social? ¿Qué se puede esperar de una nación en que un grandísimo número de personas de esta clase están flaqueando, están luchando, verdaderamente luchando, por conseguir empleos, están acuchando la ocasión de lanzarse, y se hallan sin tener una ocupación honrosa, sin trabajar ni producir nada? No se puede esperar mas que agitación y desorden continuo, perturbaciones inevitables. Pues echen la vista los señores diputados a la situación en que nos hallamos hoy, consideren en la que nos hallábamos el año anterior, en la que nos hallábamos cinco años antes, en la que nos hallábamos diez años antes, y verán como ha ido creciendo en progresión ascendente. Yo lo he notado, señores; tengo el convencimiento práctico de que esto crece de una manera espantosa, y esto que he llegado a notar toma grandes proporciones; dentro de tres años, dentro de dos, dentro de uno, habrá tomado unas proporciones colosales, será una cosa insostenible, y no tendremos entonces, ni tendrá la sociedad, medios de salir de esta situación.

El medio único es muy doloroso, señores, cuando las llagas llegan a profundizarse y son grandes, la cura no puede ser sino dolorosa. Este medio es curar las puertas, establecer reglas para ingresar en las carreras públicas, reglas para ascender, reglas para conservar a los empleados, y que no puedan ser separados arbitrariamente, sino por motivos justos y fundados; reglas que, en un estado normal, si nos hallásemos en él, parecerían duras; pero que hoy son indispensables, porque la enfermedad no puede curarse sino con medicamentos fuertes. Entonces, señores, el ministro no podría hacer lo que hoy hace, y por eso se lo reclama todo el mundo, porque entonces el ministro podría decir: «No hay vacante; el destino que usted me pide no está vacante, y la persona que le pide no tiene las condiciones necesarias que la ley exige para el desempeño del destino, y ni la Reina puede hacerlo tampoco; y es necesario establecer el remedio, hoy tanto mas duro, cuanto que hemos llegado casi al límite del mal; si esperamos un poco mas sin poner el remedio, entonces, señores, ya no alcanzará. Creo, en mi opinión y en mi conciencia, que no alcanzará, y entonces ese mal de los aspirantes a empleados, ese mal de los cesantes, ese mal de los que no tengan cualidades ni condiciones para ser empleados, será una verdadera plaga que conmoviera el orden social, y esto afecta extraordinariamente, y mucho mas de lo que se cree, a la parte política, porque afecta a la administración, y a la administración afecta a la política.

He molestado mucho mas de lo justo, mas de lo que pensaba, la atención de Congreso. (Varios señores diputados: No, no.) (El señor Martínez de la Rosa pide la palabra para una alusión personal.) Estas indicaciones que he hecho son el producto de mis meditaciones, de mi conciencia, y no tienen ningún objeto absolutamente mas que el exponerlas a la consideración del gobierno y del Congreso, por si encuentran alguna aceptable; creo que en alguna de ellas no puedo tener el título, ni lo aspiro, de originalidad; creo que todo esto está en la mayor parte de nosotros, acaso en todos nosotros, y no puedo tener, ni me atrevo, el título de originalidad: creo que habré podido aliviar lo que está en la mente y conciencia de todos; si tienen alguna verdad, esta será, señores.

Pero, señores, tal es la situación en que nos hallamos, en la que pesa este conjunto de males que he enumerado, que alguno de los remedios que he indicado, creo, en mi humilde opinión, que deben adoptarse, pero teniendo siempre la vista sobre algunos de ellos, mas culminante. La situación en que nos hallamos por efecto de todas estas circunstancias, preciso es confesar, que no es una situación de sosiego, una situación de tranquilidad; que no es una situación en la cual puede decirse que la sociedad está en su asiento. No lo está, no vendrá ese asiento a la sociedad mientras no tengamos lo que he manifestado; las Cortes que deliberen de una manera en que no pueda haber ningún género de excesos, ningún género de abusos, ningún género de escándalo; la elección que se verifique de otra manera, y por el número de señores diputados, y por las circunstancias que estos reúnan, el Congreso de diputados adquiere una gran respetabilidad, gran prestigio, que tan necesario es para el Congreso y para el Senado. Tal es la opinión del absolutista vergonzante del señor Illas y Vidal. Creo que contribuirá grandemente a esto, por otro lado, la ley de empleados públicos, con las condiciones que estos deban tener. Creo que es necesario tener fija la vista en la necesidad de proteger a la clase propietaria, que es la base de la sociedad, para evitar los males de que esta misma está amenazada.

Creo que debemos todos concentrarnos en este punto, y prescindir, señores, haciendo legua de todo lo demás que no tenga relación con esto. Esta es la causa común de la monarquía, de la sociedad, del Congreso, del Senado y de las instituciones; porque ya dije al principio de mi discurso, y no debe olvidarse, que aquí se ha puesto a discusión el trono, la dinastía, y la unidad religiosa.

Para todos los señores diputados, como para todos los demás que estamos convencidos de la legalidad del derecho de Isabel II, para los que hemos proclamado y defendido esta bandera, a la que seremos constantemente fieles, no se necesitan mas razones; pero para los que no se hallan en este caso, conviene decir que fuera del trono, y fuera de la dinastía de Isabel II, lo que ocurriría en España es el caos, si acaso no es ya no ni estéril cuanto se ha hecho.

Digo, por último, que de esta manera, y concretándonos a los puntos indicados, podremos contribuir a producir en nuestra patria la situación a que debemos

aspirar todos, y que delante de esta consideración tan alta, de esta fin a que debemos todos examinar, las demás cuestiones de sistemas pasados y presentes, de políticas y de programas, en cuanto no contribuyan a este fin, debemos dejarlas. Y si no renunciamos a ello, todo lo demás será, no solo estéril, sino inútil y aun perjudicial. He concluido.

El señor MARTÍNEZ DE LA ROSA. Señores, diputados, el Congreso recordará la templanza con que me exprese en mi discurso del otro día al hablar de la reforma, pues solo dije que el silencio de su señoría pasaba sobre la atmósfera política; hoy el discurso de su señoría me obliga a decir mas, y voy a probar que su señoría tiene obligación de decir lo que piensa respecto a la reforma. Dice su señoría que solo en tres ocasiones tiene un hombre político necesidad de manifestar su programa, y yo digo que son cuatro, o mas bien que hay un corolario de la tercera. Tiene también esta necesidad cuando se eleva en brazos de una mayoría, a la silla presidencial del Congreso, y tanto es esto así, que el señor Bravo Murillo ha hecho en su discurso un programa completo de gobierno, olvidando únicamente la cuestión principal la de la reforma. Creo, pues, que su señoría está en la obligación de dar estas explicaciones.

El Sr. BRAVO MURILLO. El señor Martínez de la Rosa ha manifestado que hoy otra ocasión, además de las que yo he dicho, en que un hombre político debe exponer su sistema. Yo diré a su señoría que si las personas que me han honrado con sus votos para la presidencia han creído que este era un acto de oposición al gabinete, y que tenía una representación política, se han equivocado, puesto que yo no solo no he hecho la oposición al gabinete presidido por el general Armero, sino que tampoco se la hice a la del señor duque de Valencia, ni se la haré a la del señor conde de Lucena, siempre que gobernara dentro de los principios del partido moderado.

En cuanto a dar mas explicaciones, según se ha exigido de mí, no me parece que debo dadas, porque sería hasta faltar a mi decoro el hacerlo, después del modo con que se me han pedido, en los periódicos sobre todo.

El señor Illas pide la palabra para una alusión personal.

El Sr. NOCEDAL. Señores, señores diputados, las palabras con que me propongo molestar en esta ocasión la atención del Congreso, individuo de la comisión y teniendo un turno seguro para defender su dictamen, no han sido ahora mas que ocuparme de las alusiones personales que se nos han dirigido.

Me digno amigo el señor Martínez de la Rosa, que ha manifestado que no era su doctrina que cuando un ministro perdía una votación en las Cortes tenía necesidad de retirarse o de disolverse, y que sin embargo hace poco ha faltado a esa doctrina cuando se ha retirado del gobierno, desde ese día no hace mas que analizar la votación de los 126 y los 118.

Decía su señoría: ¿qué significan esos 126 votos de coalición y esos 118 votos compactos? No habian pasado cuarenta y ocho horas, y decía el señor Santa Cruz que el partido progresista había votado contra el señor Bravo Murillo. Y ahora pregunto yo al señor Martínez de la Rosa, ¿esos 118 votos compactos son los que cuentan en su seno el señor Santa Cruz y sus amigos? (El señor Mon: Pido la palabra.) ¿Sabe su señoría donde está la completitud de los votos? Donde están aquellos que si en ciertas ocasiones han votado de diverso modo, se reúnen bajo una misma bandera pensando peligrar el partido conservador. Es decir, que cuando los que emitieron los 126 votos eran todos sin género de duda moderados, entre los de los 118 habia varios progresistas. (El señor Santa Cruz: Pido la palabra.) Y es de notar, señores, que los progresistas han hecho bien en emitir así sus sufragios de ese modo, porque nosotros hemos hecho igualmente bien en votar del modo que lo hemos verificado.

Y su señoría, que pregunta hoy qué coalición era esta, admitió, sin embargo, el voto casi unánime con que el elevó esta Cámara a la presidencia en la legislatura pasada, y al hablar de esta coalición no recuerda que en los 118 votos, además de los progresistas, están comprendidos otros cuyas aspiraciones, según he oído de boca del señor Martínez de la Rosa, no son la expresión genuina de las aspiraciones del partido moderado.

El Sr. COELLO: Qué se nombren.

El Sr. NOCEDAL. No quería nombrar a nadie; pero ya que el señor Coello me incita, le nombraré a él. (El señor Coello: Pido la palabra.) Ahora bien, señores: una reunión de diputados que piensan como el señor Santa Cruz, como el señor Martínez de la Rosa y como el señor Coello, es a mi ver una coalición y una coalición monarca. Y hay mas, señores, yo creo que el señor Santa Cruz y el señor Coello estaban en su lugar, el que creo que no estaba en su lugar era el señor Martínez de la Rosa.

También debo contestar a otra alusión de los que piden que la mayoría de explicaciones acerca de la significación de esta modificación. Y diré a esto por mi cuenta que en las cuestiones de gobierno es preciso tener flexibilidad, y que los que no quieren tenerla, es porque no ven ya lo que está delante de ellos, y porque con la vista fija hacia atrás, tropiezan a cada paso que dan hacia delante.

El señor MON: Ha dicho el señor Nocedal, que si profesásemos las ideas de que un ministerio que perdía una votación no necesitaba disolver las Cortes o retirarse, no sabía por qué nosotros nos habíamos retirado. Nos retiramos porque la Cámara se hallaba en un estado tal, que era imposible que gobernáramos con ella, y como S. M. no quiso acceder a la disolución, no tuvimos mas remedio que retirarnos.

En cuanto a la coalición, que se dice que se formó para reunir esos 118 votos, luego que manifesté que, para que existiera una coalición, debe haber acuerdo entre las partes que la forman, y que nosotros, no solo no hemos hablado a nadie de otro partido para que nos diera su voto; sino que ni aun hemos preguntado cómo votaban a personas que estaban ocupando destinos públicos durante nuestra administración.

Se dice que nosotros caminábamos a Vicalvaro. ¿Qué pudiera decirse, entonces, de los que nombraron para destinos importantes a los señores Garriga, Orlandi, Serrano y otros?

Señores, voy a terminar haciéndome cargo de una sola de las cuestiones que he tratado en la contestación al discurso de la corona, puesto que habiendo de usar la palabra sobre este asunto el señor Bernabé de Castro, ya manifesté nuestra opinión. Ni una sola palabra se contestó al párrafo en que S. M. se felicitaba por la Santidad se ha dignado ser padrino de S. A. el príncipe de Asturias; y esto, en un país católico como el nuestro, me parece que de ninguna manera debía haberse omitido.

El señor NOCEDAL: Ha dicho el señor Mon que ha salido del ministerio porque el estado de la Cámara no le permitía gobernar con ella. Yo creo no equivocarme al asegurar a S. S. que con esta Cámara podrá gobernar cualquier gobierno moderado, y el tiempo será testigo de si no tengo razón al asegurarlo.

El señor VICEPRESIDENTE (Hurtado): Habiendo pasado las horas de reglamento, se suspende esta discusión hasta el lunes.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y media.

CORREO ESTRANJERO.

La telegrafía privada trasmite los despachos siguientes:

«Londres 25 de enero.—Se ha efectuado la ceremonia nupcial. La mayor parte de las tienditas han estado cerradas. Se han hecho muchas salvas de artillería.

El tiempo es magnífico. El vapor correo de New-York ha traído noticias que alcanzan al 14 y 420,660 libras esterlinas.

Las cartas de aquella ciudad confirman la noticia del envío de un embajador a San Petersburgo.

En Méjico se consideraba inminente un guerra civil: el senado desechó la petición que le dirigía Comonfort para que se aumente el ejército. Dicese que ha muerto el general Alvarez.

«Londres 26 de enero.—Los nuevos augustos

esposos llegaron ayer a las seis menos cuarto de la tarde a Windsor. Era tan grande el entusiasmo de la población, que los discípulos del colegio Eaton, desengancharon los caballos y tiraron del carruaje hasta palacio.

El domingo último se cantó en Dublin un solemne Te-Deum en acción de gracias por la conservación de los días del emperador.

«BERNA 26 de enero.—El gobierno genovés ha contestado al consejo federal que el resultado de la investigación hecha respecto a los refugiados no ha producido el descubrimiento de cargo alguno que pueda tener relación con el atentado del día 14.

El gobierno de Génova añade que vigilará severamente la conducta de los refugiados políticos.

J. Salgado y Rey.

CRONICA DE PROVINCIAS

—El día 26, a las doce de la mañana entró en el hospital general de Valencia un joven muy conocido en aquella ciudad con una porción de heridas en el cuello, una de las cuales es de tanta gravedad, que se temia por su vida. Esta desgracia es tanto mas deplorable, cuanto que parece que se las ha causado el mismo en uno de esos momentos en que la razón suele abandonar a los hombres, poniéndolos en el caso de atentar contra su vida. En el propio día y dos horas después, entró en el mismo establecimiento una pobre mujer, abrasada desde los pies hasta la cabeza, a consecuencia de no haber usado de toda la precaución debida al encender una hoguera, la infeliz, para preservarse en casa del intenso frío que la acosaba. No se tenía ni la menor esperanza de salvarla, no obstante los muchos recursos que todos los médicos de aquel hospital la prodigaban y del laudable celo que todos desplegaban por conservar la vida de aquella infeliz.

—El ayuntamiento de Santander ha publicado recientemente un reglamento para el servicio de serenos de aquella capital.

—Ayer, dice un periódico de Málaga correspondiente al 24, ha sido casi un día de fiesta para esta capital, pues con motivo del simulacro, han sido infinitas las personas que han dado de mano a sus trabajos y ocupaciones para ir a presenciarlo. Además de las que han ido al campo, teatro de las operaciones militares, verificadas por todos los cuerpos de la guarnición, muchas azoteas y torres altas de los edificios de esta ciudad se hallaban llenas de gente que las han estado viendo con ayuda de anteojos. Las casas capitulares y otros edificios públicos han estado adornados con colgaduras.

—La creación de un banco de emisión en la Coruña, cuya concesión está ya acordada por el gobierno, ha sido perfectamente recibida en la población, y probablemente quedará constituido en breve.

—La constante emigración de los jóvenes de Galicia a las distintas colonias americanas, continúa dando ocupación a los periódicos de aquella comarca, que elaman contra ella con justa razón. Según datos verídicos, resulta que en los años 1856 y 57 han abandonado la madre patria 1,641 individuos.

—No es solo en la corte donde mas se deja sentir el frío: tambien en Bilbao, según cartas que recibimos ayer de dicha capital, ha llegado a encontrarse el termómetro a 4 grados bajo cero. Las heladas que por la noche suelen caer en la villa vizcaína son tan intensas, que en la noche del domingo al lunes estuvo a punto de quedarse muerto de frío uno de los serenos. Los incendios se suceden allí tambien con bastante frecuencia, y el último correo nos da noticia de cuatro verificadas en aquella comarca. El que mas estragos ha causado se declaró en una de las propiedades del Sr. D. Juan Bautista de Arriza, sita en el puerto de Bermeo, pues no habiendo sido posible apagarlo, quedó la casa reducida completamente a cenizas. El otro tuvo lugar el día 24 en la aneiglesia de Busturia, y en el momento mismo en que salían al altar mayor los sacerdotes a celebrar la misa conventual. Al toque de la campana salieron del templo la mayor parte de los concurrentes, y reunidos a todo el vecindario acudieron a la casa incendiada que está cerca de la iglesia, pero antes de que pudieran darla el socorro que había menester, quedó reducida a pavasas. Una pobre enferma imposibilitada que en ella había, faltó muy poco para que pereciera así como la propietaria del edificio, sacándose a la una exámine y perdido el conocimiento a la otra, y reconociéndolas en el casero inmediato. Todo cuanto en la casa había se consumió, a excepción de dos vacas, una de las cuales, al sentirse casi invadida por las llamas depositó un ternero que llevaba en el vientre. El alcalde, regidores, curas y vecinos hicieron todos los esfuerzos posibles para cortar el incendio, pero en vano. La propietaria del edificio ha quedado en la miseria, y probablemente reducida a implorar la caridad pública.

M. Terrojo.

CRONICA GENERAL

—Noveladas.—Anteanoche se presentó por fin la graciosa hija del Belin en el coliseo de la plaza de la Cebada. La graciosa sílfide andaluza, que desde 1849 nos ha hecho desear su vuelta a los teatros de la corte, bailó con la misma gracia, soltura y agilidad que antes de emprender su larga expedición al extranjero, donde tantos aplausos se ha conquistado, y donde tan bien sentada dejó su merecida reputación de artista. La graciosa bailarina doña Manuela Perea ha tomado algo del baile francés, según hemos podido observar, lo cual, lejos de hacer que desmerezca su donaire, realza mas a nuestro juicio el mérito artístico que la distingue. El teatro con este motivo alcanzó una entrada completa, lo cual aconteció probablemente siempre que la simpática Peña tome parte en sus funciones. La contrata por quince representaciones de esta bailarina, ha sido una verdadera adquisición para el teatro de Noveladas. El baile parece que regresa por su antiguo imperio en nuestra escena, pues, como ya saben nuestros lectores, la Goy proseguirá tambien dando funciones en el Principe.

—Reunión literaria.—La que se celebró anteanoche en casa del señor Cruzada Villamil, estuvo muy concurrida y animada, leyendo artículos, poesías y escenas de comedias, los señores Santibañ, Nuñez de Arce, Villanueva, Aguilera, Trebilhan, Bravo, Trueta, Palacio, Castro y Serrano, y alguno que otro cuyo nombre no recordamos en este momento.

Reino, como de costumbre, esa fraternidad admirable, y esa digna y noble emulación que tan fecundos resultados produce entre las personas de ilustración y de pensamiento elevado.

Se inició por el señor Castro y Serrano una idea altamente provechosa para las letras, que consiste en escribir un romance de nuestros grandes poetas y artistas, el cual formará un libro tan curioso como interesante.

Cada escritor de los que se honran asistiendo a las tertulias literarias del señor Cruzada, está encargado de cantar a una de nuestras glorias literarias y artísticas.

—No faltaré.—Sabemos que para el lunes 1.º de febrero próximo se prepara un baile extraordinario de máscaras en los salones del teatro Real a beneficio de los pobres de los asilos de San Bernardino. La circunstancia de estar encargados de la colocación de los billetes las damas mas conocidas de los círculos aristocráticos de la corte, como son: la señora condesa de Montijo, de Belascoain, Superunda, Onate, las marquesas de Zaldivar, Gaviña y otras muchas que tenemos el disgusto de no recordar, el haberse repartido billetes a varios individuos del cuerpo diplomático extranjero, y a la mayor parte de los señores diputados y senadores, hace prometer que el baile será el escogido y animado de la presente temporada.

—Suicidio.—La noche del jueves se presentó la autoridad en la habitación de una joven francesa que, sin duda desesperada, habia puesto término a su existencia, cerrando herméticamente la puerta y ventanas de su reducido cuarto, y encendiendo una arropa de carbon que para el intento criminal habia comprado.

Al lado del cadáver se encontró una botella que estaba mediada de vino.

No sabemos mas detalles de esta horrible desgracia.

M. Terrojo.

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

San Pedro Nolasco, confesor.

CULTO DIVINO.

Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas mercedarias de Góngora, donde se celebra función a San Pedro Nolasco, con misa mayor a las diez, y pangeñm que dirá D. Miguel Simeón de la Torre, y por la tarde, solemnes completas y reserva. — Sigue la novena Nuestra Señora de la Providencia en la iglesia de San Antonio del Prado, predicando por la mañana D. J. Fernandez Losada, y por la tarde dicho Sr. Torre. Tambien continúa la de la Santísima Virgen del Amparo y Buena Muerte en el colegio de Niñas de Loreto, siendo orador solo por la tarde D. Juan Abdon. Igualmente prosigue la novena en honor del misterio de la Purificación de Nuestra Señora en la parroquia Santa María; predicará por la noche D. Ruperto Um. — Asimismo continúan los obsequios al Niño Jesus San Isidro por la tarde y en San Ignacio por la noche y predicarán respectivamente D. Pedro Palomeque y D. Antonio Macía.

Se reza de la Dominica de Septuagésima, con misa doble de segunda clase y color morado, haciéndose conmemoración de la octava de San Julian, obispo de Cuenca.

CRONICA MERCANTIL.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS DE ESTA CAPITAL EL DIA 23 DE ENERO.

1598 fanegas de trigo.
670 arrobas de harina de id.
2900 libras de pan cocido.
8871 arrobas de carbon.
90 vacas, que componen 35599 libras de peso.
418 carneros, que hacen 9078 libras de peso.
111 cerdos.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y POR MENOR EL DIA 29.

	Rs. vn.	Cuanto libra.
Carne de vaca	51 a 55	20 a 2
Id. de carnero	51 a 55	20 a 2
Id. de ternera	75 a 95	34 a 4
Tocino añejo	134 a 140	46 a 6
Idem fresco	80 a 87	40 a 4
Idem en canal	120 a 138	46 a 6
Lomo	64 a 66	40 a 4
Jamon con hueso	34 a 42	10 a 12
Aceite	30 a 44	10 a 12
Vino	26 a 30	9 a 11
Pan de dos libras	30 a 34	12 a 14
Garbanzos	17 a 24	7 a 8
Judías	7 a 8	20 a 22
Arroz	4 a 5	2 a 2
Lentejas		
Carbon		
Jabon		
Patatas		

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DEL DIA 29.

Trigo de 53 a 66 rs. vn.
Cebada de 25 a 30 rs. vn.
Algarrobas de 34 a 36 rs. vn.

TEATROS.

REAL.—A las ocho y media de la noche.—El corvaro, baile en cuatro actos.

ZARZUELA.—A las cuatro de la tarde.—Sinfonía.—Los mayagres.

A las ocho y media de la noche.—Sinfonía.—El dominó azul.